
ORIGEN DE LAS PROFESIONES

Herbert Spencer

CAPITULO PRIMERO

LAS PROFESIONES EN GENERAL

¿Cuál es la característica común á las instituciones profesionales, que las hace formar un grupo distinto de los demás grupos de las instituciones de la sociedad? No es fácil hallar la respuesta. Llegaremos, sin embargo, á formarnos un concepto aproximado, considerando en su naturaleza íntima las funciones de los grupos respectivos.

Las vidas de una sociedad y de sus miembros dependen mutuamente unas de otras. La conservación de la vida de una sociedad, que es un órgano insensible, no tiene fin inmediato sino como medio del fin último, que es la conservación de la vida de sus miembros, organismos sensibles. La función primitiva, sea en el orden del tiempo, sea en el orden de la importancia, es la defensa de la vida de la tribu ó nación, la defensa de la sociedad contra los enemigos que la acechan.

Para el mejor cumplimiento de este fin se establece cierta reglamentación de la vida. Para dirigir de manera eficaz la guerra, que implica la preeminencia de un jefe ó capitán sobre sus subordinados, son necesarias restricciones á la acción individual, y cuando el mandato del jefe afortunado acaba en un gobierno permanente, se establece en el curso del ulterior

desenvolvimiento una reglamentación de la vida de la sociedad que la prepara al buen éxito de las empresas guerreras. La defensa contra el enemigo es fuerte: por consiguiente, arrastra la defensa de los ciudadanos unos de otros, y las reglas de conducta impuestas al principio por el jefe afortunado, llegan á ser reforzadas después de su muerte por los prestigios atribuídos á su espíritu. De este modo, á la intervención del rey vivo y de sus agentes viene á juntarse la intervención del rey muerto y de los suyos. Al mismo tiempo que se forman las instituciones para la defensa y la reglamentación de la vida, se forman otras para el mantenimiento de la misma vida. Aunque al principio cada cual se procura por sí solo el alimento, el vestido y el abrigo, sin embargo el cambio que comienza con el trueque de los objetos corrientes da origen á una serie de operaciones y usos, que facilitan grandemente la conservación física de todos.

Pero en cuanto se organizaron la defensa de la vida y su mantenimiento, ¿se paraliza la evolución? ¿Hay alguna otra función general?

Hay sin duda aumento de la vida, y esta función es la que generalmente realizan las profesiones. No hay duda que el médico que hace desaparecer los dolores, arregla los huesos rotos, cura las enfermedades y nos libra de una muerte prematura, aumenta la duración de la vida. Los compositores de música y los que tocan instrumentos, así como los profesores de música y de baile, exaltan las emociones y aumentan la vida. El poeta épico, lírico ó el dramático, de acuerdo con el actor, nos procura á su modo sensaciones agradables y nos aumenta la vida. El historiador y el hombre de letras elevan el estado mental del hombre en cierta medida, primero en la dirección que le imprimen, después por el interés que excitan los hechos y las ficciones y aumentan la vida. Aunque no podamos decir nosotros que el legislador y el abogado operen la misma acción de una manera directa, facilitan sin embargo el mantenimiento del ciudadano, ayudándole á resistir las agresiones, y esto también es aumentar la vida. Las numerosas operaciones y aplicaciones que el hombre de ciencia despierta, así como el interés intelectual que remueve y la luz que brota á su paso, aumentan la vida. El profesor, tanto por la instrucción que suministra como por la disciplina que impone, hace á sus alumnos capaces de adaptarse á cualquier ocupación de un modo más efectivo y obtener provechos para su subsistencia, y aumenta la vida. Y los que se ocupan en artes plásticas también, el pintor, el escultor, el arquitecto, excitan con sus obras los sentimientos delicados, las emociones agradables de orden estético, y aumentan así la vida...

¿Cómo se forman las profesiones? ¿De qué tejido social derivan por diferenciación, para plantear la cuestión en lenguaje evolucionista? Recordemos la verdad general, evidenciada por diversos ejemplos en los *Principios de Sociología*; todas las estructuras de la sociedad resultan de especializaciones de una masa relativamente homogénea.

Los rasgos del profesionalismo (ó al menos una parte), arrancan de la organización político-elesiástica primitiva; y tan pronto como ésta se divi-

de en política y eclesiástica, esta última entraña en sí el germen del profesionalismo y le desenvuelve eventualmente. Recordando que en los primeros grupos sociales hay un director, un jefe temporal en tiempo de guerra, que exige á la sociedad subordinación para él, y que donde la guerra es frecuente, el empleo de jefe se hace permanente; recordando que para que la cooperación sea eficaz en tiempo de guerra se necesita la subordinación á un jefe, y que cuando esta subordinación es conveniente, aunque se limite al tiempo de guerra, resurge en otros instantes y favorece la cooperación social; recordando que cuando, influida por esta conducta, su tribu subyuga á otras tribus, más se le admira y obedece; recordando que, en virtud de la teoría universal de los espíritus, el poder que se supone ejercido por el jefe de la tribu después de su muerte es igual, quizá mayor que cuando vivo; si recordamos todo eso, comprenderemos por qué ocurre que las honras que se le tributan al jefe después de muerto, son semejantes á las que recibía durante su vida, y con frecuencia más considerables. Entre los pueblos primitivos, la vida en otro mundo se concibe idéntica por naturaleza á la vida presente; así como se ofrecían al jefe vivo alimentos y bebidas, se llevaban ofrendas á su tumba y se hacían libaciones. Lo mismo que se le mataban animales cuando vivo, se le sacrificaban en su tumba después de muerto. Si fué un gran rey, con un boato de casa considerable, el degüello de gran número de bestias que se necesitaban para la subsistencia de su corte, encuentra su paralelo en las hecatombes de vacas y carneros muertos para el mantenimiento de su espíritu y el de sus subordinados. Si es caníbal, le suministrarán víctimas humanas después de su muerte, como si viviera, y su sangre se esparcirá por la tumba ó sobre el altar, que representa la tumba. Habiendo tenido servidores en este mundo, se supone que tendrá necesidad de servidores en el otro, y frecuentemente se les mata en sus funerales ó bien se les envía en su seguimiento. Cuando las mujeres de su harén no son inmoladas en el lugar de su sepulcro, como á veces sucede, era uso consagrarle vírgenes en un templo. Las visitas para rendirle homenaje en su residencia se hacen más tarde; las peregrinaciones á su tumba ó á su templo y los regalos tributados al trono, tienen por homólogos los regalos que al féretro se tributan. Prosternaciones, genuflexiones y otros actos de respeto se ejecutaban en su presencia, y el culto ofrecido en su templo va acompañado de las mismas ceremonias. Cuando vivo, se le ofrecían alabanzas, y las mismas alabanzas ó mayores se le ofrecen muerto. La danza, que desde el principio era la expresión espontánea de la dicha en su presencia, se convierte en una ceremonia continua con ocasión del culto tributado á su espíritu. Lo mismo sucede con la música que acompaña al ceremonial, sea de instrumentos, sea de voces, y se la ejecuta lo mismo ante el jefe sobrenatural que ante el jefe natural.

Es evidente, pues, que si alguna de estas acciones ú operaciones comunes á la lealtad política y al culto divino tienen un carácter que recuerda ciertos rasgos del profesionalismo, debe ser considerado como teniendo

doble raíz en la organización política y eclesiástica. Es evidente también que si en la diferencia creciente de estas organizaciones gemelas, la organización eclesiástica se desenvuelve de una manera más imponente y más amplia, porque supuesto el ser sobrehumano á que sirve, ve aumentar continuamente el poder que se le atribuye, y porque el culto que se le rinde, en vez de estar limitado á un lugar solo, se extiende por todas partes, las acciones y operaciones profesionales se desenvolverán más especialmente en conexión con la organización eclesiástica.

Otra razón que acredita por qué ciertas profesiones, y entre ellas las de legislador y profesor, tienen un origen eclesiástico, es que la clase de los sacerdotes llega necesariamente á estar por cima de las otras clases por su saber y su capacidad intelectual. Su habilidad, su dirección y su conocimiento de las cosas dan al sacerdote primitivo, que ejerce de médico, influencia sobre sus semejantes. Su poder como sacerdote se ve aumentado por hazañas ó resultados vedados á la masa del pueblo, incapaz de producirlos ó comprenderlos, y está, por consiguiente, incitado siempre á adquirir la cultura superior y las facultades del espíritu necesarias por los géneros de actividad que clasificamos entre las actividades profesionales.

Hay otro hecho todavía muy elocuente. La clase sacerdotal, provista por las otras clases de los medios de subsistencia, vive ociosa necesariamente. No viéndose obligados á trabajar para ganarse el sustento, pueden sus miembros consagrar el tiempo y la energía al trabajo y á la disciplina intelectuales, requeridos en las ocupaciones profesionales como en oposición á las otras ocupaciones.

Provistos ahora de estas concesiones generales de la naturaleza de las instituciones profesionales y de su origen, nos hallamos en vías de estudiar la significación de los grupos de hechos que el desenvolvimiento histórico de las profesiones nos ofrece.

CAPITULO XII

LA EVOLUCIÓN DE LAS PROFESIONES

El adagio que dice que «no pueden colocarse cabezas de ancianos sobre hombros de jóvenes», expresa figuradamente, entre otras verdades, la afirmación de que las creencias que resultan en la juventud de la inexperiencia, unida á la carencia de disciplina para el pensamiento y el sentimiento, no pueden, sino después de muchos años, reemplazarse por creencias que son fruto de un saber más extenso y de facultades mentales mejor equilibradas. Lo mismo que es ordinariamente imposible adelantar los resultados del desenvolvimiento y de la cultura del espíritu, así no se puede, durante sus primeras fases, provocar desconfianza alguna respecto de las convicciones que entonces se formen.

No puedo callar, por cándida que sea en el fondo, la idea del cambio profundo que el estudio de gran número de pueblos, en lugares y épocas diferentes, provoca en las ideas que tienen relación con la organización social; ideas que no sólo son las de los jóvenes, sino también las de la mayoría de las gentes, las cuales, relativamente á la manera de estudiar, son jóvenes también. Un estudio pacienzudo y una reflexión detenida, dan por manifiesto el hecho de que diversas instituciones, contra las cuales ahora se mantienen vigorosos prejuicios, han sido esenciales no obstante, y que el desenvolvimiento de la sociedad ha sido determinado en todas partes por los factores políticos y eclesiásticos en particular, cuyo carácter está condeñado por los más elevados elementos y se muestra incompatible con un ideal social avanzado.

El que siente gran aversión por las reglas autocráticas se decide muy contra su alma á reconocer semejante verdad. Sin una regla autocrática, la evolución de la sociedad no habría podido comenzar, y el que repugna la intervención del sacerdote, no llega á persuadirse sin muchas dificultades de que en las épocas antiguas era cosa necesaria tal intervención. Pero el examen de las pruebas, aunque sienta estos hechos generales, pone de manifiesto asimismo el hecho de que en la naturaleza de las cosas, los agregados de hombres de que salen las sociedades organizadas, deben, al pasar de lo homogéneo á lo heterogéneo, haber revestido primero la forma en la cual predomina un solo individuo, sirviendo un núcleo de centro de iniciación para todas las fases subsiguientes del desenvolvimiento. De este modo, en lo futuro y á medida que la sociedad avance, y á medida que el tipo militar vaya cediendo su puesto al tipo industrial, la intervención centralizada y coercitiva, política y eclesiástica, resulta menos necesaria y tiene una representación cuya importancia disminuye continuamente en la evolución social.

Sin embargo, ahí están los hechos para hacernos admitir que al comienzo la intervención del poder era indispensable. Como demostraron los precedentes capítulos, nacen todas las profesiones de la diferenciación del elemento que, comenzando por ser político, llega á ser, por la deificación del jefe muerto político-eclesiástico, y desenvuelve en seguida las profesiones principalmente por fuera de su elemento eclesiástico. Egipto, que por sus anales y sus varios monumentos revela bien las fases antiguas del progreso social, nos hace ver cómo al principio funciones gubernamentales diferentes, las profesionales inclusive, se confundían en el rey y en el grupo que le rodeaba. Dice Tiele:

«No era apenas posible en los primeros tiempos un conflicto entre la autoridad del sacerdote y la del rey, porque entonces los reyes, sus hijos y los principales oficiales del Estado eran los sacerdotes principales, y la dignidad del sacerdote no estaba ni separada de otras funciones, incluso civiles, ni considerada como incompatible con ninguna.»

Además añade: «Los oficios de los sacerdotes eran funciones del Esta-

do, que no diferían del todo, en naturaleza, de las del comandante de tropas ni de las del gobernador de distrito, del arquitecto y camarlengo. En efecto, las dos especies de funciones eran, la mayor parte de las veces, realizadas por las mismas personas.»

Y puesto que, como nos dice Brugsch, «los arquitectos de Faraón (los mur-ket) eran á menudo hijos y nietos del rey», es evidente que en el grupo de los gobernantes las funciones políticas, eclesiásticas y profesionales estaban unidas.

Ningún grupo de instituciones nos muestra más claramente la marcha de la evolución social, y ninguno nos enseña cómo se conforma la evolución social con la ley de la evolución en general. Los gérmenes fuera de los cuales nace la actividad profesional, formando una parte primero del elemento director, se diferencian de éste, á la vez que sufren una diferenciación interna. Mientras se multiplican las profesiones separándose unas de otras por la producción de subdivisiones, se hacen más coherentes y más claramente deslindadas. El proceso corresponde exactamente á aquel otro por el cual las partes de un organismo individual pasan de su estado inicial de simplicidad á su estado último de complejidad.

En el origen, el que se creía á sí mismo y se hacía atribuir por los demás un poder sobre los demonios y usaba métodos coercitivos para expulsar los espíritus que producen la enfermedad, tenía el lugar del médico, y cuando sus métodos, supuestos primero como obrando de una manera sobrenatural, se comprendieron como obrando de una manera natural, su función perdió definitiva y completamente su carácter eclesiástico. La clase de los médicos que resultó de esto, y que al nacer era uniforme, se dividió en subclases distintas, adquiriendo por completo un cuerpo distinto.

En una época más reciente de grupos más desenvueltos, surgieron los que haciendo demostraciones groseras, bien en presencia del jefe vivo, bien en presencia del jefe muerto, fueron primero á la vez cantores y danzantes, y diferenciándose de la masa del pueblo, pronto fueron distintos unos de otros, de donde en el curso del tiempo adquirieron impulso y se subdividieron según géneros diferentes. Fueron dos grupos de profesionales, cuyas alabanzas oficiales, políticas ó religiosas adquirieron impulso y se subdividieron según géneros diferentes. Y se separaron después unos de otros por un proceso análogo, dividiéndose en músicos de la voz unos, de instrumentos otros, y compositores.

Las ovaciones tributadas así al rey vivo como al muerto, aunque revestían la forma de baile y de música, se manifestaban asimismo bajo forma verbal al principio, espontáneas y sin reglas. Vinieron después las reglas y el ritmo; de ahí el discurso primero desprovisto de ritmo; después el orador exaltado, que por una mayor emoción produce el discurso rimado, y el sacerdote poeta, que canta versos; versos que, por último, se hacen himnos de alabanza. Por este tiempo las imitaciones groseras de los actos del héroe que acompañaban estas ceremonias hechas ya por una persona, ya por

varias, resultaron representaciones dramáticas, que, perfeccionadas poco á poco, acababan por verificarse bajo la dirección de un actor jefe, que fué el prototipo de los autores de piezas del teatro. Y de estos gérmenes, que todos se ligan en el culto, salen poco á poco diversas profesiones: las de poeta, de actor, de autor dramático y otras profesiones derivadas por subdivisión.

Las hazañas del héroe-dios recitadas, cantadas ó representadas en la pantomima, fueron completadas, naturalmente, con detalles. Los relatos se convirtieron en la historia de la vida, y de esta suerte el sacerdote-poeta dió nacimiento al biógrafo, y las historias de éste, concernientes á personajes menos sagrados, se hicieron cosa secular. Relatos relativos al rey, unidos á los relatos relativos á sus compañeros y amplificados por narraciones de hechos que les concernían, formaron las primeras páginas de la historia. Y de estos relatos de las acciones de los hombres aislados y de grupos de hombres, verídicos en parte, pero exagerados con el dominio del mito, surgió el mito absoluto ó la ficción cuando se extremó lo falso, que entonces como siempre conservó el carácter biográfico histórico. Añadamos que estas críticas y reflexiones, desparramadas á través de la literatura personal, animaron lentamente una literatura impersonal. Como se ve, todos los distintos grupos de estos productos tienen por raíz más profunda las alabanzas del sacerdote-poeta.

Los médicos de los salvajes y los sacerdotes de los pueblos antiguamente civilizados, se veían incitados á acrecentar su influencia y á adquirir siempre nuevos conocimientos á propósito de las cosas naturales y de las propiedades de las cosas, y como se les suponía en comunicación con los seres sobrenaturales, se suponía también que de ellos recibían sus conocimientos. De ahí surgió el sacerdote, el hombre de ciencia primitivo, y conducido por sus experiencias especiales á meditar sobre las causas de todas las cosas, penetró en la esfera de la filosofía. Su ciencia y su filosofía estaban al servicio de la religión.

Por una cultura mayor, y también en virtud de su pretendida comunicación con los dioses, de quienes llevaban la voz, se produjo la autoridad de los sacerdotes, á los que se recurría en casos de litigio. Siendo asimismo, en calidad de historiador, una autoridad sobre las transacciones del pasado y los usos tradicionales ó leyes, adquiere con estas dos cualidades el carácter de juez. Además, cuando el desenvolvimiento de la administración legal produjo al abogado, éste era, aunque de costumbres de origen laico, muchas veces eclesiástico.

Distinguido en las épocas antiguas por ser el hombre sabio de la tribu ó de la sociedad, y distinguiéndose muy especialmente como poseedor de estos conocimientos, á los cuales se atribuía el valor más alto —el conocimiento de las cosas visibles—, el sacerdote resultó necesariamente profesor. Transmitió relatos de tradiciones relativos á los espíritus y á los dioses, primero á los neófitos, sacerdotes como él, pero más tarde enseñó también

á las clases cultas. Después no se limitó sólo á la instrucción en las cosas sobrenaturales, enseñó cosas naturales, y por haber sido el primer profesor en conocimientos seculares, conservó mucha parte en la enseñanza secular, incluso en la enseñanza actual.

Como el acto original del sacerdote consistió en ofrecer sacrificios, y como la constitución de un altar para los sacrificios era asimismo implícitamente un acto relevante para el sacerdote, resulta que la construcción de un abrigo por encima del altar, que en su forma más desenvuelta constituyó un templo, era también un atributo del sacerdote. Cuando éste dejó de ser su propio ejecutor y se contentó con dirigir á los operarios, continuó siendo el que hacía los planos de la construcción, y cuando abandonó esta función, el maestro constructor ó arquitecto siguió atendiendo sus indicaciones generales. Y cuando el templo y el palacio en diferentes sociedades antiguas, á la vez residencia del jefe divinizado y del jefe vivo (todavía tiene actualmente un palacio el aspecto de un templo pequeño), ofrecen los primeros ejemplos de una arquitectura desenvuelta, nace la arquitectura secular. Una imagen humana, groseramente esculpida ó modelada, colocada sobre la tumba de un muerto, dió origen á la representación esculpida del dios en su templo. Producto de la habilidad del sacerdote al principio, continuó siéndolo igual en los pueblos civilizados antiguos, y cuando era un artista el que lo ejecutaba, la ejecución estaba reglamentada por el sacerdote. Extendiéndose más tarde á la representación de otros personajes que ya no tenían un carácter divino ó semidivino, adquiere á la postre su forma secularizada.

Así sucedió con la pintura. Sirve primero para completar la representación esculpida del personaje á quien se tributaba reverencia ó culto, y se empleó después por los sacerdotes y sus ayudantes en ciertas tribus para representar las acciones de sus héroes. Permaneció mucho tiempo al servicio de la religión, ya en la pintura de las estatuas (como se hace todavía en la Iglesia católica romana con las imágenes de los santos, etc.), ya en el decorado de los templos ó en la confección de retratos de personas fallecidas sobre sarcófagos ó lápidas. Cuando adquiere independencia tarda mucho tiempo en emplearse en otra cosa distinta de la reproducción de escenas sagradas. Su secularización eventual fué acompañada de subdivisiones en gran variedad de géneros; sus artistas se subdividían en grupos correlativos.

De esta suerte, presenta la marcha de la evolución profesional en todas partes los mismos rasgos. En ciertas frases, como la que describe Huc, existente todavía entre los tibetanos, donde «el lama no es sólo sacerdote, sino pintor, poeta, escultor, arquitecto, médico», se encuentran en la misma individualidad ó en el mismo grupo de individuos las virtualidades de donde salen gradualmente los grupos especializados que conocemos como profesiones. Y mientras que fuera de una clase primitiva se forman por divergencias progresivas un gran número de clases, sufre cada una de estas

clases á su vez cambios análogos. Se forman subdivisiones y hasta subdivisiones de las subdivisiones, que son gradualmente mejor demarcadas, de modo que la marcha hacia adelante se hace en todas partes de una homogeneidad indefinida á una heterogeneidad definida.

En presencia del hecho de que la inmensa mayoría del género humano vive adherida con persistencia á las creencias políticas y religiosas en que ha sido educada, y en presencia del hecho ulterior de que en relación con sus creencias, de cualquier suerte que hayan sido adquiridas, surgen prejuicios que excluyen prácticamente toda prueba contraria, no hay para qué atenerse á los ejemplos que preceden juntos á ejemplos similares apuntados anteriormente; bastan para demostrar á esa mayoría que la sociedad es el producto de un florecimiento, no un acto de fabricación, y que tiene su evolución con sus leyes.

En todos, desde el primer ministro hasta el muchacho que guía una miserable carreta por la calle, se ve bien clara la ignorancia ó el desconocimiento de la verdad de que las naciones reciben sus órganos vitales por procesos naturales y no por medios de artificio. Se cree que los arreglos sociales se hicieron de una manera ó de otra por reyes, ó en su defecto, por Parlamentos. El hecho de que han podido producirse una serie de pequeños cambios acumulados, no previstos por los jefes, es un verdadero secreto de polichinela que aun no conoce más que un número escaso.

Aunque la transformación del suelo en superficie productiva de alimentos, provista de cercados y cubierta de viviendas, se haya realizado por hombres trabajando para su provecho personal, y no por el poder legislativo; aunque aldeas, villas, ciudades hayan crecido insensiblemente bajo la influencia del deseo de los hombres de satisfacer sus necesidades; aunque por la cooperación espontánea de ciudadanos se hayan creado canales, caminos de hierro, telégrafos y otros medios de comunicación y de distribución, las fuerzas naturales que hicieron todo eso quedan ignoradas y parece que no intervienen en la materia del razonamiento político. Nuestro inmenso sistema manufacturero, con sus invenciones múltiples, que aprovisiona tan ricamente á los consumidores del país lo mismo que á los extranjeros, y la inmensa marina mercante, que transporta los productos indígenas á toda la superficie del globo y devuelve otros productos, tienen un origen natural y no artificial. La transformación por la cual á través de millares de años las ocupaciones de los hombres se especializaron hasta tal punto que, ayudando cada uno á satisfacer alguna pequeña parte de las necesidades de sus conciudadanos, ve las suyas propias satisfechas por el trabajo de otras personas, se hace sin plan previo y sin ponerse en guardia. El saber, desenvolviéndose en ciencia de tal suerte vasta que nadie puede sorprender ni su décima parte, y que guía ahora la actividad productora en general, resulta de obra de los trabajos de individuos que van impulsados, no por el elemento director, sino por sus propias inclinaciones. De esta manera ha sido creada también esta vasta masa que se llama literatura, y

que nos procura placeres que llenan una considerable parte de nuestra vida. No sucede otra cosa tampoco con la literatura que pudiéramos llamar efímera. El periodismo de información estrecha, que procura satisfacciones á las necesidades más urgentes del espíritu humano, es el resultado de la actividad de ciudadanos que buscan cada uno por su cuenta beneficios personales. Detrás de éstos vienen las innumerables compañías, asociaciones, uniones, clubs, empresas de seguros, de filantropía, de cultura, de arte y de diversión, así como una multitud de instituciones que reciben anualmente millones de dotaciones y suscripciones, provinientes todas de la *cooperación voluntaria de los ciudadanos*. Y sin embargo, casi todos están de tal modo hipnotizados por la continua contemplación de hechos y hazañas de los ministros y los Parlamentos, que no tienen ya ojos para esta maravillosa organización que se desenvolvió después de millones de años sin ayuda del gobierno, ¿qué digo? á despecho de los impedimentos suscitados por él.

Hay leyes, en efecto, que hicieron un inmenso daño á la agricultura, á la industria, al comercio, á la banca, al periodismo; heridas curadas inmediatamente, gracias á las fuerzas sociales que han repuesto el curso normal del desenvolvimiento.

Son de tal suerte inconscientes los hombres del organismo social, que permanecen ciegos aunque la actividad espontánea de sus unidades, buscando cada una medios de existencia, engendra mares de substancias alimenticias que á cada paso llegan á su puerta, aunque el agua del baño por la mañana, el alumbrado de sus habitaciones, el fuego de sus hornillos, el ómnibus ó el tranvía que les conduce á su oficina, el negocio que explotan (posible, gracias al sistema distributivo de que forma parte), la «edición» especial del periódico que leen, el teatro ó el concierto que los atrae y domina, el carruaje que les conduce á sus negocios ó diversiones, todo resulta del trabajo libre y espontáneo de la humanidad organizada. Aunque por la actividad vital se transporta el capital á los puntos donde más se necesita; aunque las necesidades de la vida vivan en equilibrio en todas partes, y en todas partes se nivelen los precios sin reglamentación oficial, sin embargo, se olvidan de la verdad de que estos procesos tienen un origen social, sin que nadie los haya ordenado y promulgado, y no pueden creer que sea la sociedad quien los produce, mejorada por los agentes naturales. De donde resulta que cuando ven un mal que curar ó bien que realizar, solicitan el poder legal como único medio posible para remediarlo.

Aun ignoran mucho más las leyes de ese desenvolvimiento, y no reconocen un orden natural en los cambios por los que pasa la sociedad de los grados inferiores á los grados superiores. Aunque, como vimos, la marcha de la evolución de que hemos dado ejemplo en la génesis de las profesiones, sea similar en su carácter á la marcha de que también se han dado ejemplos en la génesis de las instituciones políticas y eclesiásticas, y aunque el primer estudio racional que deba hacerse respecto de cualquiera medida

propuesta debe consistir en buscar si entra ó no en el dominio de tal evolución, y en preguntarse qué resultado se obtendrá en ir al encuentro del curso normal de las cosas, no sólo no se ocupa mucho la gente de esta cuestión, sino que el que la provocase sería la irrisión de toda asamblea popular, y se reiría de él como de un soñador la Cámara de los Comunes. El único método estimado prudente en toda reunión de gente, es valuar las ventajas y los males inmediatos.

Ningún argumento, ninguna acumulación de pruebas tendrán buen éxito para cambiar esta aptitud mientras que no se produzcan un género diferente de espíritu y una cualidad de cultura diferente. Continuará el político gastando su energía en corregir algunos males y en producir otros nuevos, en formar y reformar otra vez, proponiendo enmiendas á las leyes ya enmendadas, mientras que los «confeccionadores» de sistemas sociales continuarán creyendo que no tienen más que cortar en piezas á la sociedad, para recomponerla al instante, según su modelo ideal, y que sus piezas, soldadas de nuevo, trabajarán por el bien y realizarán la esperada tarea.

CRITICA DE LIBROS